PQ6217
.T445
v.19
no.23

Enciso Castrillón, Félix.

El sueño.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00055448219

EL SUEÑO.

DRAMA EN UN ACTO.

NUEVA TRADUCCION EN VERSO.

Por D. F. E. Castrillon.

PERSONAS:

Don Mamerto, tio de....
Don Cárlos, amante de.
Doña Isabel.....
Marcela, criada.....
Martin, criado de.....
Don Mamerto.....

LA ESCENA ES EN MADRID.

ACTO ÚNICO.

El Teatro figura una sala regular: á los lados puertas, en las que habrá unas cortinas.

ESCENA PRIMERA.

Doña Isabel y Marcela.

Marc. Señorita, está usted triste
porque el señor Don Mamerto
escribe que llega hoy mismo?
Isab. No creo sea por eso
mi tristeza.
Marc. Pues por qué?
Isab. Eso es lo que yo no puedo
decirte.
Marc. Precisamente,
á pesar de ese silencio,
lo adivinará qualquiera,
y verá que es un efecto
de que siente usted casarse
con el señor Don Mamerto.
No me admiro, usted es jóven,
él no es niño, y á mas de eso
es tan raro....
Isab. Me parece
debes tratar con respeto
á un sugeto cuyas prendas
y favores merecièron
mi estimacion.
Marc. Es verdad.
Yo bien sé que á Don Mamerto
estais muy agradecida,
pero no es justo por eso
que querais darle la mano.
Pasa de agradecimiento
esta fineza; ademas,
en su primer himenéo
fué usted muy desdichada,
y debe por esto mesmo
ser mas prudente en el dia.
Señora, no nos cansemos:

si hay algo que pueda hacer
venturoso el casamiento
es solamente el amor,
y sin él no hay nada bueno.
Isab. Conozco tienes razon;
mas los favores que debo
á Don Mamerto me obligan
á concederle por premio
mi mano. Muy bien te acuerdas,
que quando el fallecimiento
de mi esposo, se encontráron
las cosas en un extremo
desórden, y él se encargó
de arreglarlas, reuniendo
los restos de mis riquezas
que mi esposo (porque el tiempo
le faltó para gastarlas)
no desperdició, lo mesmo
que hizo con los demas.
No puedo pintarte el zelo,
la actividad é instruccion
que demostró Don Mamerto
entónces: baste decirte,
que yo le concedí en premio
mi mano, y ya se trataba
de efectuar el casamiento,
quando recibí la nueva
de que mi tio Don Diego
murió en la Havana, dexándome
su caudal: en el momento
Don Mamerto retardando
nuestra boda, y posponiendo
su propio interes al mio,
vá á la Havana con intento
de tomar la posesion
en mi nombre. Con efecto,
aclarados los asuntos
ha vuelto á España, y hoy mesmo
llega á Madrid, confiado
en recibir aquel premio
que le habia concedido.
Ya ves Marcela que ha hecho
que yo sea venturosa,
asegurando de cierto
mi fortuna; siendo así
fuera un proceder muy feo
negarle mi mano.
Marc. Bien;
pero ese agradecimiento
se puede manifestar
por mil caminos diversos,
sin pensar en matrimonio.
Isab. Sin la obligacion que tengo
contraida, hay mas motivos
para apreciarle: es sugeto
muy honrado.
Marc. Sí señora.
Isab. Hombre de muy buen talento.
Marc. Y de muy raras manías:
verbi gracia, con sus sueños
incomoda á todo el mundo.
Isab. Marcela, todos tenemos
rarezas, la de soñar
felicidades, yo creo
que es muy comun en el mundo.
Marc. Bien: que sea Don Mamerto
un hombre el mas apreciable
que haya en todo el universo,
mas si usted le da la mano,
decid, entónces qué harémos
con Don Cárlos?
Isab. Con Don Cárlos?
Marc. Ya veis que si con efecto
se determina la boda....
Isab. Mil veces tuve resuelto
darle parte de que estaba
comprometida, y al tiempo
de ir á hablar, no sé por qué
me detenia; en fin, esto
se enmendará hoy mismo.
Marc. Cómo?
Isab. Le he hecho llamar con intento
de darle esta nueva.
Marc. Ay Dios!
Pues no se armará por cierto
mala funcion.
Isab. Y por qué?
Marc. Puede usted preguntar eso?
Un jóven de veinte años,
fogoso, vivo de genio,
como todos á su edad,
y que os ama con extremo,
se retirará gustoso
sin conseguir sus intentos?
Isab. Piensas de veras que me ama?
Marc. Estoy bien segura de ello,

delicioso, el dios de amor
á mi vista me la ha puesto.
se rie Marcela otra vez.
Olá, te ries? *Marc.* Pues no?
Mart. Y qué significa eso?
Qué bueno fuera que mi amo
con tener tan dulces sueños
hallase aquí novedad?
Marc. Lo sospechas?
Mart. Y aun lo creo.
Y á fé que si fuese así
me reiría.
Marc. Sí por cierto.
Mart. Pues qué no es ridiculez
el que piense Don Mamerto
en casarse? merecía...
le pegasen por lo mismo
un chasco.
Marc. Dime Martin,
me quieres?
Mart. Que si te quiero?
en el vientre de mi madre,
y aun ántes.
Marc. Vaya, dexemos
frases pomposas, y vamos
hablando claro: yo creo
que con mi mano, y diez onzas...
puedes quedar muy contento.
Mart. Diez onzas? esa si es frase
muy pomposa. Desde luego
me tienes dispuesto á todo
lo que quieras... Ya te veo
venir, sin duda que tu ama
tiene un galan, y todo esto
es para que yo te ayude
á coronarle.
Marc. En efecto,
eso es al pie de la letra.
Ya es mio. *aparte.*
Mart. Se ha descubierto *aparte.*
la intriga. Y vamos, quién es
ese amante?
Marc. Es un sugeto
digno de que se le quiera.
Mart. Y tu ama con extremo
le quiere?
Marc. De corazon.
Mart. Con que mi amo...
Marc. A muy mal tiempo
llega esta vez. *Mart.* A pesar
de querer con tanto extremo
á tu ama, se halla ahora
con que en la ausencia....
Marc. Se ha hecho
lo que siempre en las ausencias.
Mart. Risa me dá, conociendo
qué cara pondrá mi amo
quando sepa sin remedio
que le soplaron la dama?
Marc. Con que para mi proyecto
cuento contigo? *Mart.* Lo mismo
que yo hago en tu dinero.
Marc. Eso está seguro.
Mart. Yo
te enseñaré. Saber quiero *ap.*
quién es el mortal dichoso
que sabe llevarse el premio
que mi amo tiene ganado.
Marc. Oficial del regimiento,
que hace poco que ha llegado
á Madrid. *Mart.* No basta eso,
sino me dices su nombre.
Marc. Don Carlos de Lara.
Mart. Bueno, *aparte.*
el sobrino de mi amo?
valiente descubrimiento.
Marc. En qué piensas?
Mart. En servirte.
Marc. De ese modo, voy corriendo
á decir á mi señora
que has venido.
Mart. Quedo, quedo;
y las diez onzas que dices?
Marc. Vaya, que tienes por cierto
muy buena memoria. *le dá dinero.*
Mart. Amiga,
en aquesto de dinero
valen poco los futuros,
y á los presentes me atengo.
Marc. No seas desconfiado,
y á Dios que muy pronto vuelvo.
vase.

ESCENA VII.

Martin solo.

Mart. Hay laberinto mas raro?

7G8486

con que mi amo Don Mamerto
tiene un ribal, y éste es
su sobrino nada ménos;
su sobrino, á quien estima,
y á quien tiene tal deseo
de ver.... Ello es necesario,
que al punto sin perder tiempo
cuente á mi amo lo que pasa.
Mas las onzas que me dieron
por callar.... las guardaré:
el modo de medrar presto
es hacer á todos palos,
y recibir el dinero
con una mano por ser
traidor á mi amo, y luego
con la otra por ser leal;
pero á la puerta yo creo
que llega una silla. Sí,
mi amo es, con efecto,
el que sube. Voy á darle
la noticia.

ESCENA VIII.

Dicho, y Don Mamerto.

Mam. Vengo muerto;
Martin, y Doña Isabel
dónde está?
Mart. Señor, dexemos
á Doña Isabel, y oid
lo que pasa.
Mam. Cómo es eso?
sucedió algun accidente?
Mart. Para usted á lo que entiendo
el peor que...
Mam. Vamos, dile.
Mart. Apenas entré, al encuentro
me salió Marcela. *Mam.* Vamos,
cúentame sin mas rodeos
lo que hay.
Mart. Si vmd. se empeña
en que lo diga de presto,
sepa que tiene un ribal.
Mam. Un ribal?
Mart. Sí, y es sugeto
muy conocido de vmd.
Mam. Pues quién es?
Mart. Es nada ménos
que su sobrino Don Carlos.
Mam. Carlos... sí, su regimiento
es verdad que entró en Madrid.
Mart. Pensariais un suceso
mas extraño?
Mam. Sí lo es.
Mart. Jamas por el pensamiento
os pasó tan raro lance,
y eso que vmd. con sus sueños
adivina. *Mam.* Yo adivino?
porque algunas veces suelo
pasar el rato en contar
los disparates que sueño,
me critican que imagino
creer necedades. Oh! si esto
quisiere hacer, ya tendria
ocasion este momento
de aplicar un sueñecillo
que tuve anoche.
Mart. Si puedo
saber quál fué?
Mam. No hay reparo,
soñé hallarme en un desierto
rodeado de peñascos
y precipicios horrendos,
cuya vista intimidaba
al mas esforzado pecho.
De repente se me ofrece
á mi vista un campo ameno
cubierto de bellas flores,
aves cuyo canto bello
lisongeaba el oido, arroyos
que serpenteaban ligeros;
en fin, morada dichosa
de la primavera. Quiero
ir á gozar sus delicias,
quando por desgracia advierto,
que un precipicio terrible
separa este campo ameno
del desierto en que me hallaba.
Sin embargo, yo atropello
por todo para pasarle,
pero me avisa del riesgo
la razon, y yo prudente
en mi campo me detengo.
Mart. Qué diablos tienen que ver
esos campos, ni desiertos
con lo que nos pasa?

Mam. Mira,
las delicias de hymeneo
están bien simbolizadas
con las flores y arroyuelos
que me ofrecia aquel campo;
y en el árido desierto
se pinta muy bien la vida
del celibato: yo quiero
casarme, y gozar las dichas
que me ofrece el casamiento;
pero la razon me dice
los precipicios y riesgos
á que me expongo; y así,
inmóvil yo me detengo.
Mart. Perfectamente aplicado,
No tuvo vmd. algun sueño
en que le avise la suerte
que están en este momento
conspirando contra vmd?
Mam. Quiénes?
Mart. En aqueste puesto
me dió Marcela diez onzas,
declarándome por miembro
de esta gran conjuracion.
Mam. Y tuviste atrevimiento
de tomarlas? *Mart.* Por dos causas,
para saber el proyecto
completamente, y tambien
para conseguir con ello
el que no se valgan de otro.
Mam. Pero mi sobrino creo
no es capaz de una vileza.
Mart. Lo mas raro que hay en esto,
es que aquí no saben que es
Don Carlos sobrino vuestro,
ni él sabe que sois el novio.
Mam. Es fuerza buscar un medio
para salir con honor
de tan intrincado empeño;
ayúdame con tu astucia,
y de modo dispondrémos
que no se burle de mí.

ESCENA IX.

Dichos, y D. Carlos desde el bastidor.
Carl. Marcela... pero qué es esto,
mi tio aquí?
Mam. Cómo... Carlos,
tú en esta casa.. qué es esto:
abrázame?
Carl. Tio, yo...
Mam. Quánto de verte me alegro,
mas cómo diablos supiste
que venía aquí?
Carl. No acierto *aparte.*
á responderle. La carta
que recibí este correo
me dió aviso que llegasteis,
salí al camino en efecto,
pero como corre tanto
la silla...
Mam. Ah! ya comprehendo
el lance, quisiste en vano
alcanzarla.
Carl. Sí, eso mesmo.
Mam. Y tuvistes la paciencia
de irla siguiendo á lo léjos
hasta dar donde paraba?
Carl. Sí señor.
Mam. Mucho te aprecio
el cuidado: con que aquí
nadie sabe, por supuesto,
quién eres?
Carl. Tio, yo... *Mam.* Vamos,
ya conozco que el deseo
de abrazarme quanto ántes
te hizo atropellar los riesgos
de entrar así en una casa
que no conoces; yo quiero
presentarte á la señora
de la casa... y á buen tiempo
viene aquí.

ESCENA X.

Dichos, Doña Isabel y Marcela.
Mam. Por fin, ha querido el cielo
que despues de tanta ausencia
vuelva á ofrecerme de nuevo
á vuestros pies.
Isab. Podeis creer,
que deseaba este momento
con todo mi corazon.
Carl. Mi tio, segun entiendo, *aparte.*
es mi rival.

Isab. Que Don Carlos *aparte á Marc.*
se esté todavía!
Marc. Es cierto *aparte á Isabel.*
que es mucha imprudencia.
Mam. Vamos.
Doña Isabel, segun veo
vmd. se halla sorprehendida
viéndome con un sugeto
que no conoce. Sabed
que es mi sobrino.
Isab. Qué es esto,
su sobrino?
Marc. Por qué tú *apart. á Mart.*
no me dixistes...
Mart. Qué bueno,
pues acaso lo sabía?
Isab. Decis que este caballero
es sobrino vuestro?
Mam. Sí,
creo, si mal no me acuerdo,
que ántes de mi partida
os hablé de él. *Isab.* Con efecto.
Mam. Permitid que os le presente;
tiene un carácter muy bello,
y con el tiempo será
un gran hombre: yo estoy cierto
que miéntras la ausencia mia
se habrá aplicado.
Carl. Con efecto,
me he aplicado muy de veras.
Isab. Por mi vida que me encuentro
tan cortada, que no sé *aparte.*
que decir.
Mam. Amigo, espero
que esta señora te mire
con aquel cariño mesmo
que yo. Sabe que es la dama
con quien yo mi casamiento
tengo tratado?
Carl. Yo haré *aparte.*
que se frustre.
Marc. Conteneos
por ahora.
Mam. Qué orgulloso
te pondrás con el contento
de llamar tia á una dama
de sus prendas?.. mas qué es eso?
no dices nada?... Madama,
perdonadle, tiene un genio
muy corto; y á la verdad
que es reprehensible defecto
en un soldado. Con todo,
nació en un pueblo pequeño,
y aun se resiente un poquillo
de su educacion. El tiempo
y el trato ya le abrirán.
Creedme, que es un sugeto
apreciable.
Isab. A mí me basta
que sea sobrino vuestro
para estimarle.
Mam. Responde
Carl. Señora... yo... lo celebro.
Marc. Lástima me causa verle! *aparte.*
Mam. No sabes hablar? qué genio
tan corto; de qué te sirve
ser militar?
Carl. Tio... Quedo *aparte.*
como un mono.
Mam. Qué feliz
es mi suerte? Yo estoy viendo
el quadro mas delicioso
que se puede dar... Tenemos
por una parte, Isabel,
á quien mi feliz regreso
ha llenado de placer.
Por otra á Cárlos, que oyendo
mi ventura, manifiesta
con los ojos, (pues su genio
no le permite se explique
de otro modo) el gran contento
que siente en su corazon.
Marcela está discurriendo
cómo ha de proporcionar
un buen rato.
Marc. Con efecto,
señor, vaya, usted nació
adivino.
Mam. Sí, en queriendo
que te diga lo que piensas
avísame. A todo esto,
quándo discurris, señora,
poner todo el complemento
á mi dicha?
Isab. No he olvidado
mi palabra, y desde luego

puede usted fixar el dia.
Carl. Marcela, no estás oyendo
como dá el sí? *ap. á Mart.*
Marc. Ya, despues
le enmendará. *ap. á Carl.*
Mam. Pues supuesto
lo dexais á mi eleccion,
esta noche firmaremos
los contratos: no es razon
dilatarlo, pues el tiempo
es precioso, y mi impaciencia
es muy natural: no es cierto,
sobrino?
Carl. Sin duda alguna:
pero, señor, yo no apruebo
que os caseis sin descansar
del viage... oh, es tan molesto,
esto de correr la posta.
Mam. Haré cuenta por lo mesmo,
que aun no he llegado á Madrid,
con que Cárlos, contar puedo
contigo para esta noche
para asistir al festejo?
Carl. Oh, tio, yo bien quisiera!..
Mam. Vaya, no busques pretextos;
esa cortedad maldita...
Carl. No señor, sino es que entro
de guardia.
Mam. Casualidad
desgraciada! mas si es eso,
habré de tener paciencia.
La obligacion es primero:
despídete de Madama,
y marcha, porque no quiero
detenerte.
Carl. A vuestros pies...
vive Dios, que ni aun acierto *aparte.*
á hablar!
Mam. Síguele, Martin.
Vanse Cárlos, Martin y Marcela.

ESCENA XI.

Mamerto y Doña Isabel.

Mam. Y bien, señorita, hablemos
de mi sobrino, qué tal
os ha parecido? Es cierto
que aun no está formado.
Isab. Es jóven.
Mam. Ese, señora, es defecto
muy apreciable; en verdad
que me diera mucho miedo
el tenerle por rival.
La primera edad en esto
de amor, es la que se lleva
la palma, y el bello sexô
admite con frialdad
los dones que nuestro invierno
le presenta, y se deleyta
con gusto, tomando aquello
que la hermosa primavera
le ofrece.
Isab. Pero yo entiendo,
que si bien la primavera
es amable, no lo es ménos
el otoño de la vida,
pues tiene los frutos bellos
de la prudencia y cordura.
Es como el dia sereno,
en que el corazon disfruta
sin tener ningun recelo
los placeres que le ofrece
la naturaleza.
Mam. En eso
justificais la eleccion
que hicisteis de mí.
Isab. Yo creo
necesitais descansar,
por lo qual á mi aposento
me retiro por un rato.
Vamos á ver no haya hecho
Cárlos algun disparate. *vase.*

ESCENA XII.

Mamerto solo.

Mam. Oh, qué rato tan perverso
hice pasar á los tres!
mas en todo lo que siento
es mirar el disimulo
de Isabel. Yo no comprehendo
por qué no me quiere hablar
con franqueza: mas ya veo
que confesion semejante

siempre las cuesta un inmenso
trabajo á las damas. Vaya,
el culpable en todo esto
es mi dichoso sobrino.
Es preciso sin remedio
el darle una leccioncita,
que no la olvide tan presto.

ESCENA XIII.

Dicho y Martin.

Mart. Señor, nuestro enamorado
se encuentra en terrible aprieto,
no sabe qué resolver,
unas veces tiene intento
de arrojarse á vuestros pies,
confesando por extenso
su amor. Otras se maldice,
habla solo, da paseos
terribles, en fin, señor,
juzgo que loco se ha vuelto.
Me preguntó qué hacia usted?
y yo para su proyecto,
saber mejor, respondí,
que se hallaba usted durmiendo.
No sé qué diablos maquina?
pero ello trata un enredo,
que es menester que estorbeis.
Mam. Ola, ya toma incremento
este lance; pero dime,
Cárlos, tendrá atrevimiento
de intentar...
Mart. La juventud
no reflexîona.
Mam. No acierto
qué partido he de tomar.
Mart. Yo previne á usted el riesgo,
que es lo que me corresponde,
ahora usted como discreto
obrará como convenga.
Sobre todo, me prometo
que Don Cárlos no hará nada
sin consultarme primero,
mas si por casualidad
se dirige á este aposento,
no es bien que nos halle juntos
Mam. Me ha ocurrido un pensamiento
muy excelente.
Mart. Veamos.
Mam. Ya sabes que ese aposento
tiene puerta al corredor,
y así...
Mart. Calla, dicho y hecho,
él viene como temia.
Mam. Exâmínale, y corriendo
dame parte, que despues
yo me encargaré del resto. *vase.*

ESCENA XIV.

Martin, Don Cárlos y Marcela.

Carl. Martin, dónde está mi tio?
Mart. En su quarto está durmiendo.
Marc. Pobre hombre! se figuraba
que nacia del contento
de verle la turbacion
que teniamos.
Mart. El tiempo
es precioso... en qué pensais?
la noche se acerca, y luego
si se casa, se acabó
la esperanza. Vamos presto,
abrazad qualquier partido.
Marc. Ese es el caso.
Mart. Qué hacemos
parados? Marcela, tú
no inventarás un enredo?
Marc. Eso estoy reflexîonando.
Pero, Martin, y tu ingenio
no discurre nada?
Carl. Piensa
que cada instante que veo
pasar, se aumenta mi pena:
hoy, esta noche, ahora mesmo
voy á perder á Isabel,
para siempre.
Marc. Ya lo veo,
así es preciso un arbitrio.
Mart. Y pronto.
Carl. Oid un pensamiento
que me ha ocurrido. Isabel
va por su agradecimiento
á dar la mano á mi tio,
á quien aborrece; pero
su gratitud puede mas
que todo. Se halla durmiendo

mi tio muy sosegado,
con que no queda otro medio
que aprovechar la ocasion,
y huir juntos...
Marc. El proyecto
es duro, mas sino hay otro,
que dices, Martin?
Mart. Que apruebo
la fuga, pues en tal lance
no se debe andar con medios
suavecitos, no señor,
á la heroyca, y acabemos
de un golpe.
Marc. Pero mi ama
dara su consentimiento?
Carl. Al instante.
Mart. Quién lo duda?
Marc. Pero sino está dispuesto
lo necesario? Ya veis
que una marcha...
Carl. Lo primero
es traer la silla de posta,
Martin tú te encargas de ello.
Mart. Ya mirais que es peliagudo.
Carl. Es ocasion que tu ingenio
manifiestes: no te tardes?
con diez minutos de tiempo
tienen bastante: ve, corre,
y en recompensa prometo
hacerte feliz.
Mart. Muy bien,
y á dónde vamos?..
Carl. Iremos...
no lo he pensado: pero hombre,
tú te detienes en eso?
iremos á qualquier parte,
el amor que alienta el pecho
me guiará.
Mart. Buena idea.
Carl. Marcela, contigo cuento
para todo. Isabel viene.
Martin, anda tú corriendo.
Mart. Voy á contárselo á mi ama.
Aparte y vase.
Marc. Estamos en el momento
decisivo, con que así
ahora es preciso el esfuerzo.

ESCENA XV.

Dichos, y Doña Isabel.

Isab. Pues cómo, Señor Don Cárlos,
aun estais aquí? Yo os ruego
que os vayais... Su tio de usted...
Marc. Qué? su tio está durmiendo;
ademas que yo la puerta
cerraré: no tengais miedo.
Carl. No he querido separarme
de esta casa, sin primero
saber lo que usted resuelve.
Isab. Qué quereis decir en eso?
Carl. Que si aun pensais en casaros
con mi tio?
Isab. Cómo puedo
retirar yo mi palabra.
Carl. Sabed que á su cumpliento
me opongo yo,
Isab. Vos, Don Cárlos:
y decid, con qué derecho?
Carl. El amor que fino es,
no conoce algun respeto,
todo lo atropella.
Isab. Jóven inconsiderado,
quién os da atrevimiento
para hablarme de ese modo?
Carl. Conozco en este momento
que usted no me tiene amor;
pero decid, siendo esto,
á qué fin correspondistes
á mis amantes obsequios?
á qué ocultarme este enlace
proyectado? Yo mi fuego
hubiera apagado entónces;
pero ya tal incremento
tomó en mi alma, que no es fácil
extinguirle: yo no puedo
pensar que he de separarme
de un... en fin, pues que veo
que vais á dar vuestra mano,
creed que es el instrumento
de mi muerte. A Dios, señora.
Marc. Aguardad.
Isab. Don Cárlos, creo
que os valdreis de la prudencia.
Yo no encuentro ningun medio
para romper la palabra

que dí á vuestro tio.
Carl. Pero
si hubiese uno...
Isab. Si se niega
ese supuesto.
Carl. Yo tengo
uno.
Isab. Quál es?
Carl. Una silla,
que dentro de un momento
vendrá.
Isab. Qué, me proponeis
la fuga?.. Don Cárlos, veo
que estais loco.
Carl. Dueño mio,
ó seguirme, ó yo fallezco
desesperado.

ESCENA XVI.

Dichos, y Martin.

Mart. Mi amo
viene. Retiraos corriendo.
Marc. Ay, qué será de nosotros.
Ese maldito aposento
tiene puerta al corredor,
qué no me acordase de esto?
pero ya viene Don Cárlos,
pues que no hay otro remedio,
detrás de aquesta cortina
ocultaos.
Carl. Por qué tengo
de esconderme?
Isab. La prudencia
lo exîge.
Carl. Ya os obedezco.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Don Mamerto y Martin.

Mam. Señora, perdone usted:
vine tan cansado... pero
qué tiene usted? El semblante
anuncia que...
Isab. No me siento
muy buena.
Marc. Si es un dolor
de cabeza... segun creo,
el ayre le aliviará.
Señora, bueno es, baxemos
al jardin.
Mam. Que disparate!
pues no ves que con el viento
que se ha levantado, el mal
se aumentaria. Yo siento,
Doña Isabelita, hallaros
en tal situacion.
Marc. Sospecho
que usted no se halle tampoco
con salud. Que amarillento
de rostro: dime, Martin,
no es verdad?
Mart. Sí, con efecto.
Mam. Os chanceais?
Marc. No, no señor.
Sabeis de qué nace eso?
Mam. Yo no.
Marc. Pues yo apostaré
á que tan solo es efecto
de haber dormido muy poco;
hariais muy bien por lo mesmo
en acostaros.
Mam. Y juzgas
me aliviaria?
Mart. Yo pienso
que nace esa desazon
de haber tenido algun sueño
de aquellos que usted acostumbra.
Mam. Lo adivinastes. Es cierto
que tuve un sueño muy raro,
y por mi vida que quiero
contarle por divertirnos.
Marc. A qué le hablaste de sueños *ap.*
ni diablos? Ahora verás
que ya relacion tenemos
para dos horas.
Mam. Oidme,
que os ha de agradar espero:
figúrese usted, señora,
que yo ví un quarto lo mesmo
que está éste pintiparado,
tenia hácia el lado izquierdo
una puerta... como aquella,
por la que estuve encubierto,
sin que ninguno me viese,
mirando á usted.

Marc. A que el sueño
tiene intríngulis?
Mam. Usted se hallaba
poco mas ó ménos
en aqueste mismo sitio,
quando de repente veo
que entra un jóven atrevido,
y que mirandoos...
Isab. Yo tiemblo. *aparte.*
Mam. Os dixo de aqueste modo:
Conozco en este momento
que usted no me tiene amor;
pero decid, siendo esto,
á qué fin correspondisteis
á mis amantes obsequios?
á qué ocultarme este enlace
proyectado? Yo mi fuego
hubiera apagado entónces:
pero ya tal incremento
tomó en mi alma, que no es fácil
extinguirle, y pues que veo
que vais á dar vuestra mano,
ella será el instrumento
de mi muerte. A Dios, señora:
se arrojó diciendo esto
á vuestros pies, y os besó
la mano con mucho afecto.
Isab. Y yo no queria.
Mam. No,
pero todo esto es un sueño,
y no mas.
Mart. Un sueño? lo oyes,
Marcela, no tengas miedo.
Marc. Pero está tan bien pintado...
Mam. Pues como os iba diciendo,
él estaba á vuestros pies,
y en esta postura creo,
señora, no os disgustaba.
Marc. Vaya que este caballero
tiene un modo de soñar,
que se parece en extremo
á la realidad.
Mam. En fin,
llegó á tal su atrevimiento,
que os propuso el imprudente
medio de la fuga
Marc. Creo
que nos escuchó.
Mart. No tal,
no sabes que cuenta un sueño.
Mam. Discurra usted en tal caso,
qué sufriria yo: el suceso
es bastante divertido
para un novio. Al fin, oyendo
que tenia tal audacia
dí la buelta con silencio
por el corredor y vine
á sorprenderle; mas luego
Marcela...
Marc. Cómo, señor?
Tambien yo estaba.
Mam. En efecto,
si eras la que dirigias
toda la intríga.
Marc. Oyes esto?
Mart. Muger, si soñaba entónces.
Mam. Digo que Marcela viendo
que no era posible huyese,
le escondió al punto corriendo;
en dónde dirán ustedes?
Marc. Le escondí; á ver si lo acierto,
acaso en algun balcon?
Mam. No querida, nada de eso
fué, detras de una cortina.
Isab. Qué desgracia: estuvo viendo
lo que pasó. *aparte á Marcela.*
Marc. Sí señora,
nuestra intríga descubriéron.
Mam. Yo por darle á conocer
aquel jóven su indiscreto
proceder, muy poco á poco
á la cortina me llego,
lo hace segun los versos.
la levanto así, y reparo
que está oculto el bribonzuelo
de mi sobrino.
Marc. Ya todo
se descubrió sin remedio.
Mam. Si usted viese en qué aptitud
tan rara estaba! Yo serio,
como el caso requeria,
le dixe así: aqueste premio
me guardabas, dime ingrato,
para pagar el esmero
con que te he educado? Cárlos
en aquel propio momento

que yo pensaba estrecharte
entre mis brazos, haciendo
tu felicidad, tú infame,
seducias con dinero
las criadas, meditabas
una fuga: vé perverso,
huye ya de mi presencia;
los crueles remordimientos
serán los que te devoren
en adelante: huye léjos
de este hombre á quien debes mas
que á tu padre... A todo esto
creerá usted Doña Isabel
que no respondió: Ya veo,
la verguenza y confusion,
sus palabras impidiéron.
Yo por ver si se enmendaba,
todo era darle tiempo,
pero él nada; pues inmóvil,
no salia: viendo esto,
que hice, solté la cortina,
y dirigiéndome luego
á usted...

Marc. Nadie quedará *ap.*
sin su sermoncito bueno.

Mam. La dixe, Doña Isabel,
es posible que mi afecto
y mi esperanza burlastes,
y á un amigo verdadero
engañasteis de este modo.
Usted me ofreció por premio
su mano, y su corazon
era de otro. Con tal premio
recompensais las fatigas
que puse con el deseo
de serviros: por qué causa
no descubristeis el pecho
con franqueza? Entónces yo
seguramente os protesto,
que con generosidad
hubiera obrado... Os dí tiempo
tambien para disculparos;
pero guardasteis silencio:
mas con todo, vuestros ojos
se fixáron en el cielo,
llorasteis, y entonces yo,
interpretando todo esto,
ya no pude resistirme,
mi bondad llegó al extremo
de sacar á mi sobrino,
y díxele: este suceso
se acabó: sal al instante
y abrázame.

Sale Carlos. Tio. *Mart.* Quedo.
No vé usted que está soñando?

Carl. Amado tio, detestó
las ideas que han podido
conducirme hasta el exceso
de ofender al bienhechor
que con el alma venero.

Isab. Y yo á vuestros pies.

Mam. Señora,
levantad Cárlos, yo veo
que eres mas feliz que yo:
dala la mano al momento.

Carl. Amado tio, qué dicha!

Marc. Señor, está usted despierto?

Mam. Y en prueba de que lo estoy,
saldrás de casa ahora mesmo.

Isab. Don Mamerto, yo no sé
si me resuelva.

Mam. Ya entiendo,
dudais recibir á Cárlos
por esposo, conociendo
que es muy jóven; pues ya os dixe
que este suele ser defecto
muy favorable. Casaos,
y pues un sueño ha dispuesto
vuestra dicha, solo falta
el que esto no sea un sueño.

CON LICENCIA: EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO GARCIA Y COMPAÑIA.
AÑO DE 1808.

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga y Sainz, calle de las Carretas, número 9, con quantas comedias, tragedias y saynetes se han impreso hasta esta época.

PQ6217
.T445
v.19
no.23